

5.º domingo de Cuaresma B

El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor. (Jn 12,26)



Primera lectura

Jeremías 31,31-34

Mirad que llegan días – oráculo del Señor – en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la que hice con vuestros padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Ellos, aunque yo era su Señor, quebrantaron mi alianza – oráculo del Señor –. Sino que así será la alianza que haré con ellos, después de aquellos días – oráculo del Señor.

Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: Reconoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande – oráculo del Señor –, cuando perdone sus crímenes, y no recuerde sus pecados.

Segunda lectura

Hebreos 5,7-9

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. El, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

Evangelio

Juan 12,20-33

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos gentiles; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: – Señor, quisiéramos ver a Jesús.

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús.

Jesús les contestó: – Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará.

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre.

Entonces vino una voz del cielo: – Lo he glorificado y volveré a glorificarlo.

La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: – Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.

Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Meditación

El evangelio de San Juan parte del hecho que la evangelización a los paganos tuvo lugar después de terminado el ministerio terreno de Jesús. Fue tarea de los discípulos de Jesús, de la Iglesia. Es significativo que el deseo de ver a Jesús no haya sido satisfecho. No hay respuesta, en la presentación que el evangelista nos hace de la escena, a aquel deseo. Sencillamente porque ellos podían ver a Jesús únicamente a través del ministerio de los discípulos y este ministerio no comienza hasta que Jesús no haya sido glorificado.

El episodio de los griegos juega otro papel importante en la narración de Juan. Su aparición indica que ha llegado la "hora" de Jesús, la hora de su pasión-glorificación. Sólo ahora, a partir de este momento, la obra de Cristo y su evangelio se abrirán para todos los hombres cayendo todas las fronteras que lo impedían. Glorificación a través de la pasión. Como el grano de trigo que, para producir fruto, tiene que caer en la tierra y corromperse para poder germinar. No perece del todo, pero tiene que ser sepultado para producir nueva vida. La máxima y la realidad que recoge son válidas en el caso de Cristo, pero también en el caso de los discípulos.

Inmediatamente después de proclamar la ley universal del servicio y autosacrificio, Jesús se turbó. Lo mismo que ante la tumba de Lázaro. Ahora mi alma está turbada. Sigue la oración: "Padre, glorifica tu nombre". Se oye a continuación una voz del cielo, que es como el eco o respuesta positiva a la petición de Jesús. La vida y la muerte del Hijo son la revelación y la obra del Padre. Por eso la glorificación del Hijo coincide con la del Padre y viceversa. Glorificación que ya ha tenido lugar – se expresa en pasado – porque las obras de Jesús ha sido hechas como respuesta incondicional a la voluntad del Padre. Y seguirá glorificándolo – ahora se alude al futuro – porque esta voluntad del Padre se acentuará todavía más en la muerte-resurrección.

Jesús era consciente de esta mutua glorificación entre El y el Padre. Su unión con Dios es distinta a la que cualquier hombre pueda tener. Por eso la voz no vino por él, sino por los creyentes, para que sepan que el Padre está en acción en las obras del Hijo, que las aprueba y se identifica con ellas. Otros no la oyeron, sencillamente porque no eran creyentes.

"Ahora es el juicio del mundo". La presencia de la palabra, de la luz, provoca inevitablemente un juicio, una separación. Todo depende de la actitud mantenida por el hombre ante él. Este aspecto "judicial" de Cristo se acentúa en el momento de la pasión. En ella se reafirma la obediencia absoluta frente a la voluntad del Padre.

La pasión de Jesús es presentada como su "elevación". Elevación que incluye fundamentalmente la elevación a la cruz y a la gloria. Como consecuencia de la "elevación", la atracción de los hombres hacia él. Naturalmente, de aquéllos que se dejan "traer" por el Padre. La muerte de Jesús universaliza su obra. Porque ésta gira en torno a una persona y su obra que, después de la muerte del protagonista y por su resurrección, adquirirá un sentido de atemporalidad para poder ser válida en cualquier lugar y tiempo, para cualquier clase de personas. Para todo aquél que se deje traer por el Padre hacia él.